

Unir un cuerpo roto: la poesía y los poetas en la revista *Encuentro de la Cultura Cubana* (1996–2009)

*This article deals with the presence of poetry and poets in the exiled magazine Encuentro de la Cultura Cubana, directed by Jesús Díaz, and published in Madrid from 1996 to 1999. The article takes a tour of the various issues of the publication to approach the space dedicated to poetry and the tribute made to authors such as Gastón Baquero, Dulce María Loynaz, Roque Dalton, Heberto Padilla, Eliseo Diego, Fina García Marruz, Rafael Alcides, among others. Based on these texts, and also appealing to the novel by Jesús Díaz *Las palabras perdidas* (1992), and one of its protagonists *El Rojo*, the role played by poetry and poets in the magazine is traced. This function would be twofold: on the one hand, to unite that broken body and divided what is the island of Cuba and, on the other, to highlight the total disagreement between poetry and politics.*

.....

En su artículo “Cuba: una literatura sin residencia fija”, Ottmar Ette se refiere a *Encuentro de la Cultura Cubana* como “una revista cubana que en los últimos años ha alcanzado gran prestigio”, colocándola como un ejemplo que “esboza un espacio de acción para una literatura sin residencia fija que ha aumentado considerablemente sus coeficientes de movimiento tanto del lado de acá como de allá de una escritura diaspórica” (751). Para Ette, la literatura cubana es “una literatura sin residencia fija” debido a los numerosos desplazamientos, migraciones y exilios en los que esta ha estado inmersa desde el siglo XIX hasta la actualidad. Dentro de ese espacio vectorializado, para utilizar otro término del romanista alemán, y con un centro difuso, en medio de un país desterritorializado, la revista *Encuentro de la Cultura Cubana* buscó los acercamientos, los puntos en los que podían cruzarse los múltiples caminos, las múltiples rectas de la cubanidad; la literaria, pero también la cultural y la política.

La revista *Encuentro de la Cultura Cubana* apareció en Madrid en el verano de 1996 y se editó en esta ciudad durante trece años, hasta el verano de 2009. Tuvo una frecuencia cuatrimestral, llegando a alcanzar la cantidad de cincuenta y cuatro números, varios de ellos, dobles¹. A lo largo de esos años, la revista se fue convirtiendo en un referente imprescindible sobre Cuba y hoy puede afirmarse que *Encuentro* ha sido la revista más reconocida, influyente y prestigiosa del exilio y la diáspora cubanos.

Encuentro fue fundada, y dirigida hasta su muerte, por el escritor cubano Jesús Díaz (La Habana, 1941–Madrid, 2002), cuentista, novelista, guionista y director de cine; autor, entre otros, del libro de cuentos *Los años duros* (1966, Premio Casa de las Américas) y de dos novelas de gran relevancia en la literatura cubana del siglo XX, aunque la segunda no se haya editado todavía en Cuba: *Las iniciales de la tierra* (1987) y, sobre todo, *Las palabras perdidas* (1992, finalista del Premio Nadal)². A partir de la muerte de Díaz, que coincidió con el número 25, editado en 2002, y hasta el 53–54, último y doble, la revista pasó a tener dos directores: el historiador y ensayista Rafael Rojas (Santa Clara, 1965), exiliado en México, y el poeta Manuel Díaz Martínez (Santa Clara, 1936–Las Palmas de Gran Canaria, 2023), exiliado en España, en las Islas Canarias³.

En el texto de “Presentación” de su primer número, la revista hacía una declaración de intenciones explícita y arriesgada dentro del contexto cubano:

La revista ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA tendrá como objetivo primordial el constituirse en un espacio abierto al examen de la realidad nacional. En nuestras páginas hallarán cabida tanto contribuciones de cubanos que viven en la isla como de aquellos que residen en otros países, y también, desde luego, reflexiones de intelectuales extranjeros sobre nuestro país y su circunstancia. Pretendemos contribuir así a que nuestra cultura aparezca en su diversidad, en su vocación contemporánea e internacional, como una de las principales esperanzas de la nación. (3)

De entre la extraordinaria labor desarrollada por la revista en numerosos ámbitos para cumplir estos propósitos, este artículo se enfocará en indagar sobre la presencia y la función que en ella jugaron la poesía y los poetas.

Dentro del contexto de las revistas del exilio y la diáspora cubanos, posteriores al triunfo de la Revolución de 1959, *Encuentro* resulta un caso singular. Gran parte de las revistas del exilio cubano se han publicado en Estados Unidos, país que ha acogido al mayor número de exiliados de la isla desde 1959⁴. En su artículo “Exilio y ‘desexilio’ en las revistas culturales cubanas de la diáspora”, Iraida H. López sitúa en “alrededor de 30” el número de “revistas culturales dirigidas por cubanos en Estados Unidos desde los años sesenta” (354). Entre estas, menciona publicaciones como *Cuadernos desterrados* (1964–66), *Revista Cubana* (1968), *Alacrán Azul* (1970–71), *Cubanacán* (1974), *Areíto* (1975–84), *Escandalar* (1978–84), *Palabras y papel* (1981–88?), *Término* (1982–84), *Unveiling Cuba* (1982–86), *Mariel* (1983–86) y *Linden Lane Magazine* (1982–actualidad)⁵. Ivette Leyva agrega a estos, otros títulos como los de *Guáguara Libertaria* (1980–92), *Apuntes postmodernos* (1990–?), *Catálogo de Letras* (1994–?) y otros de revistas exclusivamente literarias, como *Punto Cardinal* (1967–69), *Enlace* (1975–76, 1984–85), *Újule* (1994–95), y las digitales *Nexos* (1997–?) y *Revista Cultural Baquiana* (1999–actualidad). A estos títulos cabe añadir la académica *Cuban Studies* (1974–actualidad), las literarias y digitales *Decir del agua* (2002–08), *Cubista Magazine* (2004–06), *La Habana Elegante* (1998–2015), una de las revistas de ámbito literario y también académico más prestigiosa que ha tenido el exilio cubano, y *Rialta Magazine*, surgida en 2016 y editada, en este caso, desde México⁶.

Como escribe López, “la mayoría de las publicaciones ha combinado el marcado interés en la literatura y el arte con la preocupación social y política” (354), percibiéndose también en ellas “el empeño por dar a conocer y/o rescatar valores culturales de la isla y del exilio” (355). Estos propósitos los compartió la revista *Encuentro*, que surge, además, en uno de los momentos de mayor crisis del sistema en Cuba, tanto política como ideológica y económica, el de la década de los 90, con la caída del Muro de Berlín y del Campo Socialista, el fin de la Guerra Fría y el comienzo en Cuba del llamado “Período Especial”, que marcan la tremenda escasez económica y la bárbara consigna de “Socialismo o Muerte”, que lanzara Fidel Castro para intentar la sobrevivencia a toda costa del régimen político⁷.

Frente a las revistas mencionadas, *Encuentro* tiene esa vocación de “espacio abierto”, que supone incluir no solo a autores de fuera y de dentro de la isla, sino buscar el diálogo, el debate y el encuentro; es

precisamente esta última característica la que marcó su singularidad, la que supuso el principal valor de la revista⁸. En este sentido, decía el poeta Raúl Rivero: “[I]o que Jesús [Díaz] proponía era un sitio para encontrarnos todos. Cada uno con su pensamiento y dueño y diseñador de su universo privado, pero con quicios y espacios en una franja donde se pudiera hablar de todo y debatir, polemizar y, por lo tanto, enriquecer la cultura del país donde nacimos” (204). Escribía también Antonio Elorza, quien fuera colaborador de la revista, en *El País*: “La novedad de *Encuentro de la cultura cubana* residió en la novedad del destinatario, que no fueron solo exiliados o disidentes, sino también quienes dentro del espacio revolucionario podían contribuir al cambio”. De otra manera, viene a decirlo Julio Ortega:

En una época en que los cubanos del exilio solían saldar cuentas entre ellos, no sin encarnada aplicación, Jesús Díaz fundó *Encuentro* para dar a todos el beneficio de la palabra. Esta revista se convirtió en la esfera pública de una república cubana del exilio, allí donde asomaban unos y otros, de pronto tocados por la civilidad de los turnos. En una república de más condenados que salvados, donde cada quien ha ejercido de juez y parte de los otros, Jesús les vino a demostrar a todos que *Encuentro* era un lugar de recuperaciones; en primer lugar, de la credibilidad mutua. (26)

La novedad, el civismo de la revista, ese conseguir ser una “república cubana del exilio” pensada con todos y para el bien de todos, ofreció una imagen diferente del exilio cubano, identificado habitualmente, dentro de Cuba, pero también fuera, con el pensamiento de derecha y más conservador. En este sentido, apunta Jorge Luis Arcos:

Encuentro . . . se constituía, por primera vez en el exilio, como una revista que presuponía la colaboración constante de intelectuales insulares y, sobre todo, se proyectaba con una política cultural muy definida y de largo alcance, que no podía vincularse unilateralmente con el llamado exilio histórico, e incluso detentaba una orientación ideológica que tampoco podía identificarse con un pensamiento de derecha. (“Diez años” 211)

Este rasgo motivó, paradójicamente, las mayores críticas que sufrió la publicación, tanto desde dentro como desde fuera de la isla. Escribía Andreas Siemmen en el Homenaje que *Encuentro* dedicara a su director-fundador tras su muerte: “[a] Jesús Díaz no le amaban ni los empedernidos anticastristas (que no se fiaban de él), ni los glorificadores

de la revolución (para ellos era un traidor)” (68). Un sentimiento que, más que Jesús Díaz escritor, motivó Jesús Díaz director de la revista *Encuentro*.

Habría que añadir que, a diferencia del resto de revistas del exilio, *Encuentro* fue muy conocida y difundida en la isla. Entre otras razones, porque ese momento de grave crisis política en que surge la publicación hace coincidir, acaso como en pocos momentos de la cubanidad, a los cubanos de fuera y de dentro. Explica Raúl Rivero, en “Contar una revista”, el porqué de la aprobación, de la alegría con la que era recibido cada número de la revista en la isla: “. . . eso que estaban pensando Jesús y otros amigos en el exilio de Madrid y Miami, estaba también en el pensamiento de muchos artistas que vivían y viven en Cuba” (205). A pesar de esto, o quizás precisamente por este motivo, *Encuentro* nunca pudo distribuirse en Cuba más que de modo informal, o clandestino⁹.

Pero todavía resulta necesario mencionar otros aspectos que distinguieron a *Encuentro*: la destacada presencia de colaboradores extranjeros, los asuntos internacionales que se trataron y los textos en torno a la cultura latinoamericana. Hechos que le hicieron afirmar a Julio Ortega: “Desde *Encuentro*, el exilio cubano se ha convertido en un interlocutor fundamental de la cultura actual latinoamericana” (26); y, a Gustavo Guerrero, decir que *Encuentro* quiso: “sacar a la literatura insular del obsesivo monólogo de Cuba con Cuba” y “hacer posible un diálogo no sólo entre los cubanos de dentro y fuera de la isla sino entre todos ellos y nosotros, los otros” (17).

Por último, *Encuentro* logró constituirse no solo en la revista más relevante que ha tenido el exilio cubano, sino que consiguió trascender este estatus marginal, convirtiéndose en una de las más notables revistas cubanas del siglo XX. Antonio Elorza la compara con *Lunes de Revolución*: “En cierto sentido, *Encuentro* es el punto de llegada lógico de la trayectoria de brillantes frustraciones que en los primeros años del castrismo iniciara *Lunes de Revolución*, bajo la guía de Guillermo Cabrera Infante”. En 2009, en el editorial del que fuera el último número de la revista (número 53–54), podía leerse “Un hasta luego”: “[d]esde su nacimiento, *Encuentro* ha sido una revista sin territorio, o destinada a ese país virtual que es la diáspora y al país real que le cierra sus puertas” (3). Esa “revista sin territorio” es hoy un referente imprescindible para leer la cubanidad; una revista-red, como la propia Cuba; una red “sin residencia fija”.

Si se considera de manera exclusiva la cantidad de poetas, poemas o artículos sobre poesía que se publicaron en cada uno de los números de *Encuentro*, se podría pensar que la presencia de la poesía en la revista no fue demasiado relevante. *Encuentro* no era una revista poética, ni siquiera específicamente literaria; era una revista con vocación amplia, inclusiva en diversos sentidos; una revista de pensamiento, de cultura, tal como se anunciaba en su título. La poesía era un elemento más dentro de ella; un elemento acaso menor dentro de la totalidad de las varias secciones. Pero esta sería una conclusión apresurada y, probablemente, incierta. En realidad, la poesía tuvo una función central en *Encuentro de la Cultura Cubana*; una función que acaso podría resumirse en dos principios.

El primero, y el que se advierte con mayor transparencia, lo sintetiza el propio Jesús Díaz en la presentación del número 11 de la revista, al introducir el “Homenaje” que esta hace a la poeta originista Fina García Marruz con las siguientes palabras: “[q]uizá sea necesario insistir en que la obra de Fina nos pertenece a todos, vivamos donde vivamos y sea cual sea nuestra opción política” (3), para escribir después: “[s]i algo debe y puede unir un cuerpo roto, ese algo es la poesía” (3). En esta breve, pero concluyente frase, Díaz atribuye a la poesía, y a los poetas, nada más—y nada menos—, que la función, el deber y la capacidad de unir ese “cuerpo roto” que es la isla. Y ese “algo”, repetido dos veces, subraya tanto la intensidad de la hendidura, de la herida del cuerpo insular, como la excepcionalidad de la poesía, frente a cualquier otro discurso, o fórmula, para conseguir su sanación y su soldadura.

El segundo principio no se expresa de manera explícita, y resulta más complejo formularlo. Pero cabe inferirlo tras la revisión de los cincuenta y cuatro números de la revista y de ciertos artículos y textos que en ella se incluyeron sobre la poesía y los poetas. Se trata de poner de manifiesto, dentro de los encuentros que se buscan, el casi imposible entre poesía y política. Es decir, se pone en evidencia cómo en Cuba la poesía y la política han transcurrido, durante el período revolucionario, por caminos opuestos, des-encontrados, y cómo el poeta fue, ha sido, una de las víctimas con las que la política se ha ensañado de manera más feroz. Resulta pertinente citar aquí a Rafael Rojas, quien ha resaltado cómo en Cuba, “en los momentos de mayor despotismo del régimen, ha habido siempre un poeta víctima” y los va nombrando: “Reinaldo Arenas en los 60, Heberto Padilla en los 70, María

Elena Cruz Varela en los 80 y Raúl Rivero en los 90” (*Tumbas* 326). La poesía, los poetas, son, así, ejemplos del máximo desencuentro en Cuba entre política y literatura y, por añadidura, del máximo desencuentro entre política y vida, y esta noción se percibe nítidamente en *Encuentro*, desde el primer número. Como conclusión de este segundo principio, cabría pensar que la revista se empeñó en exponer y exhibir ese cuerpo mortificado, violentado, roto, de los poetas, en su desencuentro con la Revolución y con la política. Tomando como referencia a Antonio José Ponte en su artículo “La ópera y la jaba”, publicado en el homenaje que la revista dedicó a Virgilio Piñera, podría decirse que los poetas simbolizaron, en la revista, en su sentido máximo, esa “jaba” (muy agujereada y rota en este caso) que sería emblema de la vida, frente a la “ópera” de la representación revolucionaria¹⁰.

Estos dos principios podrían creerse contradictorios, pero no lo son. Precisamente porque el poeta conoce desde su propio cuerpo la brutalidad del desencuentro con la política, precisamente porque el poeta ya ha sido convertido por ella en “cuerpo roto”, puede saber—sabe—mejor que nadie, la urgencia de “unir” ese otro, y mayor, cuerpo roto que es la isla. En última instancia, estos dos principios supondrían algo así como la luz y la sombra, Eros y Tánatos, la vida y la muerte, las “dos patrias” poéticas de José Martí: Cuba y la noche; dos principios enfrentados, pero, ¿no son acaso uno los dos? La figura de José Martí, en última instancia, sería inspiración para estos dos principios; ese poeta fundamental para la cubanidad, que quiso “unir” con todos y para el bien de todos, y que ofreció también su “cuerpo roto” para esa unidad.

Sobre esa primera función de “unir un cuerpo roto”, habría que mencionar dos hechos centrales que lo avalan, dos secciones habituales de la revista: la sección de “Homenajes” y la sección de “Poesía”. En una y otra se alternaron los nombres de poetas cubanos residentes dentro de la isla y residentes en el exilio o en la diáspora.

El número 2 de la revista, publicado en el otoño de 1996, inauguró la sección “Homenaje”, que se convertiría en habitual en la publicación. Ese primer homenaje fue dedicado al poeta originista Gastón Baquero, y contó con una entrevista al poeta y un artículo sobre su poesía, ambos firmados por Efraín Rodríguez Santana, así como con poemas del propio Baquero. Otros poetas a los que se rindieron “Homenajes” fueron: Eliseo Diego (n. 3), Fina García Marruz (n. 11),

Virgilio Piñera (n. 14), César López (n. 16–17), Heberto Padilla (n. 19), Antón Arrufat (n. 20), Lorenzo García Vega (n. 21–22), Reina María Rodríguez (n. 30–31), Rafael Alcides (n. 36), José Kozer (n. 37–38), Nivaria Tejera (n. 39) y Manuel Díaz Martínez (n. 40). Doce nombres de poetas: siete de dentro de la isla, cinco de la diáspora.

Hay, además, otras ocasiones en que la poesía desempeña esta función de unir, en un sentido amplio; así, por ejemplo, los artículos sobre el bilingüismo cubano en Estados Unidos, escritos por dos poetas del exilio, Gustavo Pérez Firmat y José Kozer (n. 14). En esos textos, se exponen las complejas circunstancias, pero también se demuestra la posibilidad de existencia de, como diría Kozer, la “vida bilingüe”, y cómo incluso la llamada literatura cubanoamericana “se caracteriza no por oposición, sino por aposición”, al decir de Pérez Firmat (134)¹¹. Es decir, dos poetas cubanos proponen otro modo más ancho de entender la cubanidad, sumando, en este caso, a la cubanidad más clásica, esa de los escritores cubanos bilingües de Estados Unidos, como el poeta Ricardo Pau-Llosa, al que se refiere Pérez Firmat. Él y Kozer muestran también, así, otro modo de encuentro, el del espacio de la cultura cubana con el de la cultura en inglés; un encuentro construido desde el bilingüismo—cotidiano y/o literario—de los cubanos en Estados Unidos.

Hay tres momentos en que esta función de la poesía, y los poetas, se hace más patente. Ocurre en los primeros números de la revista. Ya desde el primero, no puede dejar de advertirse que la declaración de intenciones que hacía *Encuentro* estaba reforzada por las palabras de un poeta, y no cualquier poeta, el originista Gastón Baquero, quien escribía a continuación del editorial: “La cultura es en sí misma un lugar de encuentro, una suma” (4), y también: “[e]ncontrándonos todos en las páginas impresas de una revista, o en los coloquios u otras citas culturales, es un anticipo, una puesta en práctica del inesquivable Encuentro mayor que mantendremos un día en el escenario común” (4). Así, la invitación de la revista para los encuentros y el “Encuentro mayor” entre cubanos de todas partes se apoyaba en la voz de uno de los poetas más relevantes de la literatura cubana contemporánea, quien era, además, en aquellas fechas, el poeta más prestigioso del exilio cubano.

Las palabras de Baquero hallaron acaso su eco más notable en el número 4–5, correspondiente a primavera/verano de 1997. En este número se publican algunos textos de lo que iba a ser un “Homenaje a Dulce María Loynaz”, fallecida antes de que el número apareciera. Entre

estos, se incluye el poema “Isla entera”, que, según aclara Jesús Díaz en la presentación, la autora enviara manuscrito en 1994 con motivo del que Díaz considera el “acta fundacional” de *Encuentro*, el evento “justa y premonitoriamente llamado ‘La isla entera’, que en noviembre de 1994 reunió en Madrid a poetas cubanos de dentro de la isla y exiliados” (4)¹². Dice el poema de la autora de *Últimos días de una casa*:

Si me quieres, quíereme toda:
no por zonas de luz o sombra.
Quíereme día;
quíereme noche . . .

¡Y madrugada en la ventana abierta!
Si me quieres, no me recortes:
quíereme toda . . .
o no me quieras. (“Isla entera” 7)

El texto iba acompañado de un breve escrito de Loynaz, donde decía: “[a]quí va mi saludo a todos los escritores cubanos que van a unirse bajo el bello lema de Isla Entera” (7).

El poema es, en realidad, un fragmento de uno suyo anterior, incluido en el libro *Versos* (1938), y titulado “Si me quieres, quíereme entera”. Resulta llamativo que Dulce María Loynaz, con 92 años, reescribiera este poema de los años 30 para ese evento de 1994. La reescritura parece mínima: un cambio de título y la supresión de unos pocos versos¹³. Sin embargo, se produce una notable transformación: de un poema que alude y reivindica una feminidad que pretende ser aceptada en su totalidad, surge, reforzado por el nuevo contexto, un poema otro, que reclama una cubanía diversa, y completa—entera—, exigiendo su reconocimiento. Esta segunda lectura hubiera sido posible conservando el texto original; sin embargo, la poeta quiso, sin duda, evidenciar y subrayar su apuesta por esa cubanía inclusiva a la que apelaba el evento, eliminando los elementos que podían prestarse a otro tipo de interpretaciones y cambiando, además, el propio título del poema. Así, volviendo al número de la revista, habría que concluir que Dulce María Loynaz, la poeta y escritora más reconocida de Cuba (en 1992 había obtenido el Premio Cervantes) secundaba, desde la isla, el llamado de Baquero en el número fundacional de *Encuentro*. Fuera de Cuba, y luego dentro, los poetas estaban clamando, estaban siendo la voz que pedía “unir” el “cuerpo roto” de la cubanidad.

El tercer momento se halla en el número 3, correspondiente al invierno de 1996. Este número continuó con la sección de “Homenaje”, dedicada, una vez más, a un poeta origenista, en este caso, de dentro de Cuba, Eliseo Diego. En este homenaje, el artículo más conmovedor es el relato que hace Josefina de Diego del encuentro real y azaroso entre su padre, Eliseo Diego, y Gastón Baquero, que se produjo en la Residencia de Estudiantes de Madrid en 1992, después de muchísimos años de separación. Con el título de “El reencuentro de papá y Gastón”, y acaso sin saberlo, Josefina de Diego simbolizaba, como pocos, aquello que la revista quería encarnar, ese encuentro entre el afuera y el adentro, entre los que habitaban en la isla y los que vivían en el exilio o la diáspora. Y es que, acaso, más que *Encuentro*, la revista pudo haberse llamado *Reencuentro de la Cultura Cubana* porque, en buena medida, se trataba precisamente de eso, de que los escritores y artistas cubanos volvieran a encontrarse, vivieran en el lugar que vivieran y fueran cuales fueran sus ideas y posiciones políticas. El artículo de Josefina de Diego decía mucho sin establecer juicios ni conclusiones: la larguísima separación entre los dos amigos; el deseo contenido y el temor de ambos ante la posibilidad del reencuentro; la profunda tristeza de Baquero; el llanto de Diego; la conversación retomada después de tantos años; el triunfo de la amistad, el cariño, los recuerdos compartidos, a pesar de todo. El homenaje a Eliseo Diego, sin embargo, llegaba después de su muerte, ocurrida en México en 1994¹⁴. Es decir, lo que se contaba era la memoria de un reencuentro que correspondía al pasado, que ya había dejado de ser, pero que podía servir—servía, de hecho—como horizonte para los poetas y para todos los cubanos. La apelación al encuentro, y al lugar de la poesía como catalizador del mismo, se advierte también con intensidad y angustia en una de esas “Cartas cruzadas” posteriores al reencuentro, escrita en ese mismo 1992, donde Diego le dice a Baquero: “[c]uánto tiempo hemos dejado al vacío! . . . ¿Cómo no nos percatamos de que nuestra amistad no estaba fundada en la historia, sino en la poesía, materia tanto más frágil, pero más perdurable?” (9).

La fuerza del segundo principio podemos apreciarla desde el primer número de la revista, aunque en este caso no resulta tan obvio como el primero. Aparece en el artículo de la ensayista y activista política venezolana Elizabeth Burgos sobre el poeta salvadoreño Roque Dalton, titulado “Roque Dalton: revivir al poeta”. Es el primer artículo

que, en la revista, exhibe el “cuerpo roto” de un poeta, literalmente en este caso, por razones políticas. Burgos lo recuerda como “el amigo, cómplice y compañero de aquella época de ingenua espontaneidad”, y lo presenta como “el más querido” entre esos “nómadas” entre los que se incluye, y a los que llama “profesionales de la revolución” (53). Sin dejar de mencionar el asesinato “fratricida” del poeta en 1975 (56), a manos de sus propios compañeros de armas, dentro del llamado Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), el artículo tiene dos propósitos. Por un lado, responsabilizar, culpar, al aparato del Estado cubano de la decisión que tomara Dalton de incorporarse a la lucha armada en El Salvador en 1973:

Nunca imaginé, las últimas veces que nos vimos en La Habana—el Che ya muerto, admitido el fin de la ilusión de querer hacer de la cordillera de los Andes una nueva Sierra Maestra—que Roque sucumbiera a las presiones ejercidas sobre él, directa e indirectamente, para inducirlo a regresar a El Salvador e integrarse al movimiento armado. Se practicó en ese empeño, un método muy utilizado por el aparato cubano y más certero muchas veces que una orden escueta: culpabilizar valiéndose del rumor y la maledicencia. (55)

Añade Burgos: “Se le solía criticar por su permanencia en Cuba ‘mientras tantos compañeros mueren en la lucha en América Latina’” (56). A continuación, la ensayista propone una especie de divisa de la época para aplicar a los poetas, que parafrasea los conocidos versos del poema “El otro”, de Fernández Retamar: “[o]tra versión del célebre verso: ‘Sobre qué muerto estoy yo vivo’, podría ser también: ‘Sobre qué poeta estoy yo vivo’” (56). Burgos enfatiza en la culpa sentida por los poetas revolucionarios, militantes, comprometidos, y en cómo esta fue utilizada y azuzada por el aparato cubano. Y cierra su acusación: “Como tantos murieron, también él había de morir: era la lógica de la época. Sacrificio, martirologio: dogmas oficiales de la Isla convertida en Calvario” (56). De este modo, Burgos da pie a su segundo propósito, que es reivindicar al Roque Dalton poeta: “Revivir al poeta debe ser nuestro afán. Porque es su verdadera dimensión; la que nunca debió haber abandonado” (56).

El artículo de Burgos hace pensar que a la lista de “poetas víctimas” que ofrece Rafael Rojas habría que añadir otros nombres, e incluso abrirla a poetas no nacidos en Cuba; por ejemplo, el salvadoreño Roque Dalton. Porque según Burgos, son precisamente las presiones del apa-

rato cubano las que contribuyeron, de manera decisiva, aunque en esta ocasión solapada, a convertir al poeta en víctima y en mártir; un mártir, por cierto, con escaso heroísmo.

Este artículo inaugura, de este modo, esta segunda tendencia, o principio, en torno a la poesía y los poetas. Habrá, con posterioridad, a lo largo de los años en que se publicó la revista, otros textos que harán serie, en cierto modo, con el de Burgos. Allí están los varios dedicados a Heberto Padilla, ese poeta-caso, ese “poeta víctima”, por antonomasia, del régimen cubano. A Padilla se le dedica, recién fallecido, el “Homenaje” del número 19 (2000–2001) de la revista, con artículos de Nivaria Tejera, de Enrique Patterson, de Raúl Rivero, de Lourdes Gil; aunque ya en el número 4–5 (1997) se había publicado el artículo de Manuel Díaz Martínez titulado “El caso Padilla: crimen y castigo (Recuerdos de un condenado)”, relato en primera persona de las circunstancias que rodearon tanto el Premio Julián del Casal de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) de 1968 otorgado al poemario de Padilla, *Fuera del juego*, del que Díaz Martínez fue jurado, como la muy célebre “autocrítica” de Padilla, a la que asistiera como uno de los escritores acusados. Pero quizás el artículo que mejor expone “el cuerpo roto” del poeta es el de Lourdes Gil, “El invierno del poeta”, en el número del “Homenaje”. Dice la autora sobre Padilla:

Quienes lo conocían desde la juventud hasta que estuvo en la cárcel en 1971, saben que era desafiante y osado por naturaleza, de palabra aguda, mordaz. Algo esencial se quebró dentro de él en la ignominia de los interrogatorios, las pateaduras, las inyecciones, el auto de fe ante la UNEAC convertida en tribunal de la Inquisición, el acoso y la vigilancia perpetua. (11)

Lourdes Gil muestra el “cuerpo roto” del poeta y también, para decirlo con el Foucault de *Vigilar y castigar*, al que apela la poeta y ensayista, cómo el castigo sufrido se desplaza al alma. Dice Gil, citando a Foucault: “Un nuevo personaje entra en escena, enmascarado. Empieza la comedia, con juegos de sombra, voces sin rostro, entes impalpables” (11). En lo que Gil describe, ¿no hay un algo siniestramente común a las “presiones” que se ejercen sobre Dalton, según Burgos?

También parece relevante el texto de Enrique Patterson, “La revolución de *Fuera del juego*”, que nos ofrece una sugerente hipótesis de por qué Padilla se convierte en víctima en la Revolución cubana. Patter-

son, que parece inspirarse en Hannah Arendt, aunque no la mencione, escribe: “Abolido el referente jurídico de la legitimidad institucional, no quedaba otro remedio que legitimarse como se legitiman las religiones y la literatura, desde el verbo y la profecía” (22)¹⁵. Y añade: “[l]a Revolución cubana, desde sus inicios, aparece como la regresión de la poesía a sus orígenes, cuando aquella se confundía con ciertos temas fundacionales dentro de la sociedad humana, tales como las cosmogonías, la religión, la ciencia, el mito, la épica y el ejercicio del poder” (22–23). Para Patterson, la Revolución cubana sería, entonces, un “Estado literario, creador de una realidad *panpoética*” (23), donde “el discurso se presenta como la *sustancia* y el *relato* de un poema épico en prosa, donde el sujeto épico, el líder, además de héroe, es también el poeta y el regulador del *cosmos*” (23; cursivas del original). Siguiendo la tesis de Patterson, podríamos pensar a Padilla, y al poeta cubano en tiempos de revolución, como una especie de rival del Estado literario revolucionario cubano; un rival al que resulta necesario castigar, y al que se castiga (de diferentes modos) cuando su discurso poético consigue elevarse por encima, opacar o cuestionar al poeta-líder y el discurso panpoético del Estado.

En esta serie se inscribe, además, el homenaje en 2005 a Rafael Alcides (n. 36), el poeta del insilio de la llamada Generación del 50, la misma de Padilla; Alcides (1933–2018), el poeta que creyó y descreyó, y se apartó de todo lo oficial en los años noventa, que sacó su cuerpo del ámbito público con su “retramiento . . . voluntario” (la frase es de Ponte, “Nueve” 35), pero nunca se fue de Cuba; el autor de *Conversaciones con Dios* (2014), sobre las que le decía a Jorge Luis Arcos: “los periódicos suelen hablar del fin del Socialismo, de su desaparición, pero, ¿y del drama de los que un día creyeron en eso y lo sufrieron además, quién habla de eso?” (Arcos, “Las Conversaciones” 29); el que esperaba un “ómnibus de humo” donde llegara el muchachito que fue, el “muchachito de entonces” (Alcides 10–12). Ese que le hacía decir a Arcos: “qué imagen me queda de Alcides, sino la del eterno niño o *antropos* eterno, en medio del viento huracanado de la Historia, solo, como desamparado, pero con el puño en alto, digo parafraseando a Martí, ‘demandando a la vida su secreto’” (“Las Conversaciones” 34). Un poeta-víctima . . . ¿voluntaria?

Podrían citarse todavía otros nombres más en esta serie, como el de Raúl Rivero (1944–2021), a quien no se le dedicó propiamente un “Homenaje” en la revista, pero cuyos textos y poemas aparecieron en

ella en numerosas ocasiones desde muy temprano. Rivero se convirtió, desde Cuba, en parte del consejo de redacción de *Encuentro*, no en este caso desde el insilio, sino desde el compromiso político de un poeta y periodista disidente, que fundaba y colaboraba con organizaciones civiles independientes y participaba en publicaciones del exilio, denunciando al gobierno cubano; un poeta que llegó a sufrir la cárcel, junto a otros presos de conciencia cubanos, en la llamada Primavera negra de 2003. Ahí están, por ejemplo, en el número 2 de la revista, sus poemas “La canción de los perdedores” y “Matar a un poeta”.

Y también estuvieron, en el “Homenaje” que la revista le dedicara en 1998 (n. 8–9) a la “Generación de Mariel”, los poetas marielitos. Esa Generación designada por el lugar en que sus escritores salieron de Cuba, el puerto del Mariel, en un éxodo de 125,000 cubanos; un grupo “clasificado de ‘escoria’ por el régimen cubano en 1980” (Nuez 106). Se trata de un número que, como señala Arturo Matute, “valida el concepto de Generación de Mariel” (226). Los poetas marielitos: Roberto Valero (1955–1994), Reinaldo García Ramos (1944) y su figura más emblemática y reconocida, Reinaldo Arenas (1943–1990).

Sería posible cerrar este ensayo haciendo referencia al propio director de la revista *Encuentro*, Jesús Díaz, un nombre que tal vez parezca fuera de lugar dentro de esta nómina de poetas. Pero el colofón de este segundo principio lo encarna el propio Jesús Díaz. Escribe Manuel Díaz Martínez en el “Homenaje” que la revista dedicó a su fundador en 2002 tras su muerte:

Desde su aparición, en 1996, *Encuentro* consumió las mejores horas de trabajo de Jesús y atrajo sobre él un aluvión de ataques políticos y personales, unos procedentes de la isla y otros del exilio. Los de la isla, oficiales, no le importaban; los del exilio le dolieron. En algunas de las largas conversaciones telefónicas que sostuvimos, casi siempre al filo de la madrugada, él en Madrid y yo en Las Palmas, me habló del excesivo peso que se había echado encima con la revista y con *Encuentro en la Red*. Pero estaba seguro, a la vista de los resultados, de que merecía la pena cargarlo. Pienso que tanto peso le reventó la salud. (8)¹⁶

Desde la mirada de Díaz Martínez, Jesús Díaz, como los poetas, puso su propio cuerpo para sacar adelante estos proyectos literarios y cívicos. Su muerte, ocurrida allí, en medio de la revista, lo acaba convirtiendo en uno de ellos, uno de esos poetas a los que tanto admiró. Díaz no era poeta, pero era, sí, un magnífico narrador que sabía de la

hondura, de la intensidad de la poesía. Se rodeó de poetas en las dos revistas que creó, *El Caimán Barbudo* (1966–1967), dentro de Cuba, y *Encuentro*, en el exilio, y colocó a la poesía, a la que atribuía—como se ha mencionado—la cualidad de “unir un cuerpo roto”, un lugar decisivo en su obra mayor. Hablo de *Las palabras perdidas* (1996), esa gran novela, todavía poco estudiada, pero comparada con *Tres Tristes Tigres* (1967) (Cordero 217), y que algunos empiezan a considerar precursora de *Los detectives salvajes* (1998), de Roberto Bolaño (Cordero 21; Rojas “Las palabras”). Una novela que posee similitudes, en cierto modo, con la revista *Encuentro*, pues, como indica Diómedes Cordero en su tesis doctoral sobre Díaz, apuesta por “la posibilidad de una constitución de la cultura política moderna que afirma frente al poder del príncipe, la legitimidad de la crítica y que modela la comunidad cívica sobre la comunicación y discusión de las opiniones individuales” (Cordero 227). Asimismo, como escribe Vicky Unruh, la novela “encarna las estructuras de sentimiento de principios de los años noventa, cuando aparece la obra y se reformula el problema de la relación del artista con la revolución a través de la mirada crítica que emerge durante el Período Especial” (64). El propio título de la novela contiene ya una alusión velada a la poesía: según escribe Rafael Rojas, y le había hecho saber el propio Jesús Díaz, “jugaba con otro, de un célebre poemario de Fina García Marruz, *Las miradas perdidas*” (“Las palabras”)¹⁸.

Este libro cuenta la historia de cuatro jóvenes amigos, escritores y revolucionarios que, en el contexto cubano de finales de los sesenta, en medio de los dogmatismos, las incomprendiones, la censura y la dura escasez económica, pretenden crear una revista literaria. Esos amigos son el Flaco, el único narrador, alter ego de Díaz y el personaje que narra el relato, y tres poetas: el Rojo, el Gordo y Una. El libro es, simultáneamente, la novela total que sueña escribir el Flaco, y, también, la propia revista literaria, *El Güijje Ilustrado*, esa que no llegará a editarse. La novela contiene, sin embargo, los poemas, los relatos, los ensayos de los personajes, convirtiéndose en la novela total del Flaco y en la revista literaria de todos. Como se conoce, los dos poetas protagonistas, el Rojo y el Gordo, se inspiran, con intensa fidelidad, en los poetas Luis Rogelio Noguera (1944–1985) y Guillermo Rodríguez Rivera (1943–2017), grandes amigos de Díaz y sus compañeros de redacción en *El Caimán Barbudo*, trasunto de *El Güijje Ilustrado*¹⁹. *Las palabras perdidas* puede ubicarse, de este modo, dentro de la metaficción historiográfica (Mella-

do, “Representaciones” 97). Como señala Cordero, el libro “tiene como centro . . . la poética del Rojo, clave de lectura e interpretación del sentido de *Las palabras perdidas*” (225). Es decir, son el Rojo, el poeta por antonomasia en la obra, y su poética, los que otorgan su sentido mayor a la novela de Díaz y, por añadidura, a la propia realidad nacional²⁰. Pero el Rojo es también Díaz, su escritura, aunque podamos reconocer en ella los rasgos de la poesía de Luis Rogelio Nogueras. En el poema “Nuestra Amada Kaär” escribe así el Rojo-Nogueras-Díaz (vale la pena reproducir el poema en extenso):

La estrella del destino de Nuestra Amada Kaär,
oh, hija mía,
brilló una sola noche entre montañas hace cuarenta siglos;
fue tan bella que su fulgor cegó por un instante a los guerreros.
En una pobre tienda,
por una única vez se entrevistaron
Omik Issula, general de los cobres,
Damir Alej, padre de la palabra,
y el viejo John Adduá, patriarca de las tropas.

...

Preparaban, venéralos, la libertad de Nuestra Amada Kaär,
pero la libertad es en sí misma una pregunta.

...

¿Qué dijeron?

...

¿Te afanas, lloras, te interrogas, temes?
Perdóname, hija mía,
es la condena de los nacidos en Nuestra Amada Kaär
mirar de frente
el punto ciego, el tokonoma, el horrendo vacío
que alguien creó en nosotros para siempre
al quemar esos signos

...

Ya cumpliste el castigo tutelar,
ya sabes que perdimos las palabras.
Ahora, si puedes, duerme. (Díaz, *Las palabras* 139–40)²¹

Más adelante, el Rojo presenta su texto-ensayo sobre esta civilización inventada por él, Nuestra Amada Kaär, que será el prólogo de su futuro libro de poemas, el cual se titulará, cómo no, *Las palabras perdidas*. En ese prólogo del Rojo se lee:

Occidente se ha habituado a aceptar la separación entre libertad y poesía, reservándole a esta última una función puramente ornamental; de ahí la tranquilidad atroz, la irredimible angustia de los poetas occidentales, a quienes el poder ha reducido a esa mezquina condición de adorno contra la que tanto luchó el malogrado Theodor W. En cambio, Henri Masperó afirma que en Nuestra Amada Kaär libertad y poesía eran un solo concepto, que se expresaba con la *misma* palabra. (159–60)

El poema y el texto son dos espejos, de la cubanidad y de la poesía: la civilización que ha perdido las palabras; la poesía (y la nación), que ha perdido la libertad.

Por otra parte, son también el Rojo y Una, los dos poetas que viven para la belleza, la poesía, la libertad (¿no son una las tres?), quienes ponen el cuerpo cuando la revista y, por añadidura, lo que podía haber sido la Revolución, fracasan. El Rojo y Una, los que no se rinden ante las exigencias del poder, son, también, o por esa misma causa, los dos personajes que enfrentan la muerte en la novela. Por cierto, en el libro aparece, como un Güije más y por su propio nombre, el salvadoreño Roque Dalton, gran amigo de los dos poetas y referente esencial de los cuatro escritores²². En *Las palabras perdidas* hay también pequeños homenajes a los grandes poetas cubanos del siglo XX: Lezama, Diego, Guillén, Piñera, a quienes visitan, desafían y emulan los tres jóvenes poetas.

Cuenta Rafael Rojas—y llegó a comentárselo a Jesús Díaz—que, al leer *Las palabras perdidas*, no podía dejar de asociar la novela con la canción “A dónde van”, de Silvio Rodríguez, incluida en su disco *Mujeres* (1978): “¿A dónde van las palabras que no se quedaron? / ¿A dónde van las miradas que un día partieron?” (“Jesús”). Pero habría que recordar, sin desmerecer esa hermosa canción de Silvio, y sin negar su probable sintonía con la novela de Díaz, que mucho antes, en “Canción de otoño”, uno de los grandes poemas de *Las miradas perdidas*, de Fina García Marruz y de la poesía cubana, la poeta había escrito, varias veces, al hablar del pasado, del tiempo ya ido: “[c]ómo volver allí, / cómo volver” (105)²³. Esa es, quizás, la insistente pregunta que se hace el poeta Jesús Díaz, que escribe, acaso para responderla, *Las palabras perdidas*, y funda, poco tiempo después, la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*. Volver al pasado, como intentan, a pesar de todo, los poetas y, si es que acaso se puede, volver desde una novela y desde una revista (¿o son una las dos?); volver al pasado para contarlos, pero también para encontrar-

le, si es que acaso se puede, otro presente, otro futuro. Como quien reescribe, tal vez, esos bellísimos versos finales de “Canción de otoño”: “¿[c]onoces tú el país en que se vuelve? / Y sin embargo escribo sobre su polvo ‘siempre’. / Yo digo siempre como el que dice adiós” (106).

UNIVERSIDAD DE GRANADA

NOTAS

¹ La revista se editó en papel; posteriormente fueron digitalizados todos sus números, que hoy pueden consultarse en el “Archivo” de la página web *Cubaencuentro*.

² *Las iniciales de la tierra* “estuvo vetada” en Cuba durante catorce años, desde 1973 hasta 1987, como recuerda Rafael Rojas (*Tumbas* 317).

³ Desde el número 4/5, Díaz Martínez formaba parte de la Redacción de la revista. Rafael Rojas se había integrado a la Redacción a partir del número 10. Durante los tres primeros números de la revista, Pío Serrano, fundador de la Editorial Verbum en Madrid, ejerce como director adjunto, y Felipe Lázaro, responsable de la Editorial Betania, también fundada en Madrid, como Secretario. Ambos dejan de formar parte del equipo de la revista a partir del número 4/5, correspondiente a primavera/verano de 1997.

⁴ Hay, sin embargo, una continuidad con respecto a los exilios cubanos del siglo XIX. Como escribe Lourdes Gil en un artículo en la revista *Encuentro*: “[d]esde la extraterritorialidad, y sobre todo desde Estados Unidos, se ha pensado a la nación cubana. Gran parte de los textos fundacionales cubanos se han gestado o publicado en Estados Unidos” (145).

⁵ En un artículo publicado en la propia revista *Encuentro*, Leyva indica que *Cuadernos desterrados* fue la primera revista creada en Miami por exiliados cubanos, y que continuó publicándose hasta 1967 con otros nombres: *Cuadernos 66* y *Cuadernos del Hombre Libre*. Leyva también se refiere a una segunda etapa de *Mariel*—la revista más conocida del exilio cubano de Miami—, entre 1986 y 1987.

⁶ Cabe mencionar también, en el ámbito europeo, la plataforma digital *InCUBAdora*, que se define a sí misma como una plataforma de publicación, investigación y reciclaje, fundada hace más de 15 años en Praga. En el número 40 (2006) de *Encuentro de la Cultura Cubana* se incluyó un dossier dedicado a las “Revistas cubanas del exilio”, coordinado por Jorge Ferrer, con artículos específicos sobre algunas de las más relevantes.

⁷ Esta consigna la lanza Fidel Castro en un discurso en que celebraba el triunfo de la Revolución el día 2 de enero de 1989 (*El País*, 3 de enero de 1989).

⁸ Según señala Ivette Leyva, también *Catálogo de Letras* “incluye una sección de colaboradores dentro de la isla” (161).

⁹ En una entrevista con François Maspero en *Le Monde* en 1998, reproducida en *Encuentro*, declaraba Díaz: “[d]e tres mil ejemplares de tirada, mil se envían a Cuba a través de amigos, viajeros . . . En la Isla, cada ejemplar lo leen más de treinta personas. La policía ha visitado a nuestros amigos y colaboradores, pero ellos han decidido continuar” (101). Por su parte, Raúl Rivero cuenta su experiencia como lector de *Encuentro* dentro de Cuba: “[y]o vi la revista correr de mano en mano. Sentí la corriente de aprobación que viajó por las ciudades, porque allá se recibió como una puerta abierta, una publicación hecha con rigor y profesionalismo, que podría acoger poemas, cuentos, artículos, ensayos que en las revistas especializadas y controladas por el Partido Comunista no iban a entrar” (205).

¹⁰ Para Ponte, la jaba (bolsa cubana) que llevaba Piñera en los últimos años de su vida era símbolo de la cotidianidad, “el arte de vivir, la memoria del cuerpo” (“La ópera” 16), desterrados por la Revolución; frente a la ópera, la representación, “la cultura vuelta gestos enormes” (15), que la propia Revolución promovía y acabó encarnando.

¹¹ Estas tesis se desarrollan en el ensayo de Pérez Firmat *Life on the Hyphen: The Cuban American Way* (1994), traducido como *Vidas en vilo: la cultura cubanoamericana* (2000).

¹² En su artículo “Diez años de *Encuentro*”, Jorge Luis Arcos señala que en las “Jornadas de Poesía La isla entera” fue donde “por primera vez, se reunieron en un evento eminentemente literario, poetas y ensayistas cubanos de la isla y el exilio para conmemorar los 50 años de la revista *Orígenes*”. Sigue apuntando Arcos que en este coloquio “predominó el diálogo libre y democrático y el respeto a la diferencia” (209).

¹³ En el poema original de Dulce María Loynaz se leía: “Si me quieres, quíereme entera, / no por zonas de luz o sombra . . . / Si me quieres, quíereme negra / y blanca. Y gris, y verde, y rubia, / y morena . . . / Quíereme día, / quíereme noche . . . / ¡Y madrugada en la ventana abierta! . . . / Si me quieres, no me recortes: / ¡Quíereme toda . . . o no me quieras!” (*Poesía* 33).

¹⁴ Aunque Eliseo Diego representa a los poetas “de dentro”, habría que precisar que terminó sus días en 1994 viviendo en México junto a su hijo, el novelista Eliseo Alberto (Lichi), poco después de que el poeta obtuviera el Premio Juan Rulfo en 1993.

¹⁵ En *Sobre la revolución*, Hannah Arendt subraya la importancia del “recurso a Dios” en las revoluciones; recurso que defiende ya Maquiavelo, y después Robespierre, como necesario cuando “se funda una nueva comunidad”, y se necesita “un nuevo absoluto que reemplace al poder divino” (51).

¹⁶ *Encuentro en la Red. Diario independiente de asuntos cubanos* se creó en el año 2000 concebido como un portal periodístico que complementaría el trabajo de la revista y albergaría además su versión digital. En diciembre de 2009, tras el cierre de *Encuentro*, gran parte del consejo de la revista decidió crear un nuevo periódico sobre temas cubanos: *Diario de Cuba*.

¹⁷ En *Los detectives salvajes*, por cierto, y como recuerda Osmar Sánchez Aguilera, Luis Rogelio Noguera aparece mencionado entre los poetas cubanos como Rogelio Noguera (“Noguera al trasluz” 109).

¹⁸ *Las miradas perdidas* (1951), de Fina García Marruz, es uno de los grandes poemarios de la literatura cubana del siglo XX.

¹⁹ La fidelidad a las figuras de los poetas que inspiran los personajes del Rojo y el Gordo es muy notable: rasgos físicos, psicología, circunstancias de vida, anécdotas, poéticas. Díaz llega a imitar, con éxito, en sendos poemas, “Nuestra Amada Kaär” y “Fiesta”, los estilos poéticos de Noguera y Rodríguez Rivera.

²⁰ También son significativas las ideas del Gordo sobre la poesía, colocada por encima de la política; por ejemplo, en su monólogo imaginado con el Ministro, donde se dice: “[l]a poesía, compañero Ministro, era una forma de conocimiento muchísimo más útil y profunda que la ciencia y que la política . . .” (Díaz, *Las palabras* 99).

²¹ Un lector familiarizado con la poesía de Luis Rogelio Noguera podría creer suyo este poema, que presenta importantes cercanías con poemas de Noguera, como “En Björ”, “Le digo a mi hijo”, “Oración por el hijo que nunca va a nacer” y “Un tesoro”.

²² Puede observarse una cercanía llamativa entre el poema de Una que aparece en la novela, “Me confieso culpable ante los hombres”, y el titulado “El hombre del orden”, de Roque Dalton. Solo que el de Dalton es el poema del desparpajo del asesino cínico, ese que defiende un determinado orden—“Yo fusilé a un tal Farabundo Martí a un tal Gerardo Barrios” (Dalton, *Taberna* 32)—, mientras el de Una es la voz del desparpajo irónico, sarcástico, de la mujer que cuestiona precisamente el orden establecido: “[s]i hemos de darle crédito a la historia, / yo, Carlota Corday, / asesiné a Marat en la bañera, desatando el terror” (Díaz, *Las palabras* 183).

²³ Silvio Rodríguez fue también gran amigo de Jesús Díaz y de los poetas de *El Caimán*, a cuya generación pertenece. Luis Rogelio Noguera, junto a Víctor Casaus, otro de los poetas de *El Caimán*, es autor del libro *Silvio: Que levante la mano la guitarra* (1984). Guillermo Rodríguez Rivera prologó la edición de las letras de Silvio, *Té doy una canción* (2006).

OBRAS CITADAS

- Alcides, Rafael. "Poema de amor por un joven distante". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 36, 2005, pp. 10–12.
- Arcos, Jorge Luis. "Las Conversaciones con Dios". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 36, 2005, pp. 28–34.
- . "Diez años de *Encuentro* en Cuba". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 40, 2006, pp. 209–15.
- Arendt, Hannah. *Sobre la revolución*. Alianza, 2006.
- Baquero, Gastón. "La cultura nacional es un lugar de encuentro". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 1, 1996, p. 4.
- Baquero, Gastón y Eliseo Diego. "Cartas cruzadas". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 3, 1996–97, pp. 9–12.
- Burgos, Elisabeth. "Roque Dalton: revivir al poeta". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 1, 1996, pp. 53–58.
- Cordero, Diómedes. "Las marcas del silencio. Poética y representación irónica; totalitarismo y cultura en la narrativa de Jesús Díaz". Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2015, https://ddd.uab.cat/pub/tesis/2016/hdl_10803_383987/dc1de1.pdf.
- Dalton, Roque. *Taberna y otros lugares*. UCA, 1989.
- Diario de Cuba*, <https://diariodecuba.com/>.
- Díaz, Jesús. "Un año de Encuentro". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 4–5, 1997, pp. 3–5.
- . "Un Encuentro inevitable". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 11, 1998–1999, p. 3.
- . "Introducción". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 18, 2000, pp. 7–8.
- . *Las palabras perdidas*. Anagrama, 1996.
- Díaz Martínez, Manuel. "Jesús". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 25, 2002, pp. 7–9.
- Diego, Josefina. "El reencuentro entre papá y Gastón". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 3, 1996–97, pp. 7–8.
- Elorza, Antonio. "Réquiem por una revista difunta". *El País*, 30 Jun. 2010, https://elpais.com/diario/2010/06/30/opinion/1277848805_850215.html. *Encuentro de la Cultura Cubana*. *Cubaencuentro*, <https://www.cubaencuentro.com/revista/revista-encuentro>.
- Encuentro en la Red*. *Cubaencuentro*, <https://www.cubaencuentro.com/encuentro-en-la-red>.
- Ette, Ottmar. "Una literatura sin residencia fija. Insularidad, historia y dinámica socio-cultural en la Cuba del siglo XX". *Revista de Indias*, vol. 65, no. 235, 2005, pp. 729–54, <https://doi.org/10.3989/revindias.2005.i235.388>.
- "Fidel Castro propone a los cubanos 'Socialismo o Muerte'". *El País*, 3 enero 1989, https://elpais.com/diario/1989/01/03/portada/599785203_850215.html.
- García Marruz, Fina. *El instante raro (Antología poética)*. Ed., selección y prólogo de Milena Rodríguez Gutiérrez, Pre-Textos, 2010.
- Gil, Lourdes. "El doble discurso literario de la extrainsularidad". *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 14, 1999, pp. 144–53.

- . “El invierno del poeta”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 19, 2000–2001, pp. 9–12.
- Guerrero, Gustavo. “Jesús Díaz: ilusión y desilusión”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 25, 2002, pp. 10–18.
- “Un hasta luego” [Editorial]. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 53–54, 2009, pp. 3–4.
- Kozer, José. “Dos por uno: vida bilingüe”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 14, 1999, pp. 139–42.
- Leyva Martínez, Ivette. “Revistas literarias: desafiando los rigores del páramo”. *Encuentro de la cultura cubana*, no. 18, 2000, pp. 155–62.
- López, Iraida H. “Exilio y des-exilio en las revistas culturales cubanas de la diáspora”. *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Isaías Lerner, Roberto Nival y Alejandro Alonso (coord.), Juan de la Cuesta, 2004, pp. 353–59.
- Loynaz, Dulce María. “Isla entera”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 4–5, 1997, p. 4.
- . *Poesía. Edición centenario 1902–2002*. Prólogo de César López, Letras Cubanas, 2002.
- Maspero, François. “*Encuentro*, entre la isla y el exilio. Entrevista a Jesús Díaz”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 10, 1998, pp. 101–03.
- Matute Castro, Arturo. “Ideas de escritura: exilio y diáspora literaria cubana (1980–2010)”. Tesis Doctoral, University of Pittsburgh, 2015, http://d-scholarship.pitt.edu/24903/1/MATUTE_CASTRO_2015_ETD_1.pdf.
- Mellado, Luciana Andrea. “Representaciones del campo intelectual y literario en *Las iniciales de la tierra* y *Las palabras perdidas* de Jesús Díaz”. *Alpha*, no. 24, 2007, pp. 95–109, <https://revistaalpha.com/index.php/alpha/article/view/496>.
- Nogueras, Luis Rogelio. *Nada del otro mundo*. Letras Cubanas, 1988.
- . *Silvio: Que levante la mano la guitarra*. Editorial Letras Cubanas, 1984.
- Nuez, Iván de la. “Mariel en el extremo de la cultura”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 8–9, 1998, pp. 105–09.
- Ortega, Julio. “Concurrencias de Jesús Díaz”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 25, 2002, pp. 24–27.
- Patterson, Enrique. “La revolución de *Fuera del juego*”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 19, 2000–01, pp. 21–39.
- Pérez Firmat, Gustavo. “Cuba sí, Cuba no. Querencias de la literatura cubano/americana”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 14, 1999, pp. 131–37.
- . *Life on the Hyphen: The Cuban-American Way*. U of Texas P, 1994.
- . *Vidas en vilo: la cultura cubanoamericana*. Editorial Colibrí, 2000.
- Ponte, Antonio José. “Nueve telegramas sobre Rafael Alcides”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 36, 2005, pp. 35–37.
- . “La ópera y la jaba”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 14, 1999, pp. 14–17.
- Rivero, Raúl. “Contar una revista”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 40, 2006, pp. 204–205.
- Rodríguez Rivera, Guillermo. Prólogo. *Te doy una canción* de Silvio Rodríguez, Temas de Hoy, 2006.
- Rojas, Rafael. “Jesús Díaz: las palabras perdidas” *Rialta Magazine*, 11 noviembre 2018, <http://rialta-ed.com/jesus-diaz-las-palabras-perdidas/>.

- . *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Anagrama, 2006.
- Sánchez Aguilera, Osmar. “Nogueras al trasluz de una admiración secreta: Borges o la radiografía de una gradación en el campo literario cubano”. *Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica*, no. 12, 2015, pp. 108–20, <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/full/10.25025/perifrasis201561208>.
- Siemmen, Andreas. “Tras la muerte de Jesús Díaz”. *Encuentro de la cultura cubana*, no. 25, 2002, pp. 65–68.
- Unruh, Vicky. “Desembalando las bibliotecas de la Cuba post-soviética”. *Cuadernos de Literatura*, no. 37, 2015, pp. 57–82, <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl19-37.dbcp>.

Keywords: Cuban Poetry, Cuban magazines, exile, Encuentro de la Cultura Cubana, Jesús Díaz, Las palabras perdidas

Palabras clave: Poesía cubana, revistas cubanas, exilio, Encuentro de la Cultura Cubana, Jesús Díaz, Las palabras perdidas

Fecha de recepción: 22 septiembre 2022

Fecha de aceptación: 7 noviembre 2023